ceses, y perdieron dos banderas y 150 prisioneros. Salvóse parte de la escolta retrocediendo hasta el castillo; pero Mina se apoderó del convoy. Murió allí Mr. Deslandes, secretario de José, que al bajar del coche para huir, fué muerto de un sablazo. Respetaron los soldados á su esposa y otras señoras, lo mismo que á cinco niños, á quienes Mina remitió á Vitoria. Pasó despues á Aragon, donde estuvo para caer prisionero, cercado en el pueblo de Robre, y acometido en su mismo alojamiento al amanecer del 23 de Abril, y no teniendo á mano otra arma que la tranca de la puerta, se defendió con ella esforzadamente en la misma puerta de la casa: acudió su asistente Luis, soldado valiente, y servidor fidelísimo, y con otros soldados sacaron á su jefe del apuro, y se salvaron todos. No por eso se arredró el intrépido Mina: continuó haciendo la guerra sin tregua, hasta que herido en Mayo de un balazo en el muslo derecho, y privado de su segundo el valeroso Cruchaga, á quien una bala de cañon habia llevado ambas manos y habia muerto de resultas, tuvo que retirarse y estuvo curándose hasta el mes de Agosto.

Tantas proezas daban verdaderamente á Mina un título para que los navarros, noblemente adictos á la causa general de la nacion, le respetasen, y obedeciesen á las autoridades civiles que habia establecido á su lado, y que en nombre del gobierno legítimo ejercian sus funciones, si bien casi siempre ambulantes, como su protector. Era de ver un país ocupado por numerosas huestes enemigas, gobernado por sus autoridades naturales, desconocida la de los opresores.

Tal fuerza adquirió Mina en aquel su país natal, que obligó á los franceses á partir con él los productos de las aduanas de la frontera, y á consentir en ellas un comisionado suyo encargado de la recaudacion.

Con la mayor impaciencia sufria esta humillacion el orgullo de los franceses, y cierto que á cualquiera precio se hubieran librado de tanta mengua: así no perdonaba medio ni fatiga para deshacerse de un adversario que tanto les pesaba. Y ya que no lo podian conseguir, descargaban su ira contra todo lo que tenia relacion con las partidas, porque todas les eran sumamente odiosas, á causa de los males sin cuento que les causaban. Sorprendieron por acaso el 21 de Marzo en Grado á cuatro individuos de la junta de Burgos, D. José Ortiz Covarrúbias, D. Eulogio Muro, D. Pedro Gordo y D. José Navas, y los arcabucearon en Soria, colgando despues sus cadáveres en la horca. Tambien quitaron la vida á varios dependientes de la junta que aprehendieron. Nada adelantaban con estos injustos rigores: las partidas se aumentaban con ellos; y no por eso se disolvian las juntas que, custodiadas por la fidelidad á toda prueba de los naturales, se mantenian firmes, fomentaban las guerrillas, y sostenian el espíritu de los pueblos con sus providencias, proclamas y diarios, en medio de los mismos ejércitos enemigos. Provocaban ademas estos bárbaros castigos represalias terribles. El cura Merino, en venganza de la atrocidad cometida con la junta de Burgos, en cuyo territorio campaba con su partida, quitó la vida á 110 franceses que habia cogido prisioneros. A cualquiera cuadra mal derramar

la sangre de tantas personas indefensas y rendidas: peor al sacerdote, ministro de un Dios de paz; mas tambien debe recaer el esceso sobre quien injustamente lo provoca. Los franceses (no nos cansaremos de repetirlo) se empeñaban en desconocer los derechos de la humanidad entera en gracia de su orgullo y dominacion universal; y porque les habia ido bien con este sistema en el resto del continente, querian seguir con él en España, creyendo sacar el mismo partido que en otras partes. Ya era tiempo de que se hubieran desengañado, y siquiera por su propio interes, hubieran mudado de conducta: pruebas tenian ya con abundancia de que la dignidad española no cede al orgullo francés, y de que al carácter español no se le doma con fieros ni con fierezas.

Consideraba lord Wellington desde Portugal, como desde una atalaya, lo mucho que trabajaban las guerrillas, y cuánto contribuian á la realizacion de sus planes, minorando diaria y notablemente las fuerzas enemigas, y ocupando las restantes en crecido número. Distraida así por necesidad la atencion de los franceses, calculó el general inglés que podia rendir la plaza de Badajoz antes de que acudiesen á socorrerla: y hechos los preparativos con toda reserva, se puso en marcha, y sentó en Yelves sus reales el dia 11 de Marzo, destinando algunas fuerzas suyas y el 5º ejército español á los puntos convenientes para observar los movimientos de Soult y de Marmont, y para impedir su reunion si la intentaban como era de creer. Acercáronse los ingleses á Badajoz, empezaron los trabajos del sitio, y en medio de bastantes

contrariedades, ya del temporal, ya por parte de la guarnicion, rompieron el fuego el dia 25 con 28 piezas, y al anochecer tomaron el fuerte de la Picuriña, con lo que adelantaron sus baterías. Tropezaban sin embargo con grandes dificultades, porque el gobernador de la plaza Philippon, militar tan práctico y entendido como valiente, oponia mil obstáculos al adelantamiento de los trabajos. No obstante, la constancia inglesa los habia superado todos, y ya estaban practicables las brechas cuando supo Wellington que se acercaba Soult á Extremadura; noticia que le aguijó á dar mas pronto el asalto. El dia 6 de Abril, á las diez de la noche acometieron los ingleses: se apoderaron á viva fuerza de las fortificaciones avanzadas, y llegaron hasta el foso delante de las brechas. Atascáronse allí, detenidos por la fuerte resistencia de los sitiados, y acribillados á mansalva por los franceses, sin resolverse á avanzar ni á retroceder por mas que hacian sus oficiales. Estaba ya Wellington para mandar que volviesen pié atras todos, cuando le llegó el aviso de que los suyos por un lado se habian apoderado del castillo, y por otro, escalado que hubieron el baluarte de San Vicente, se habian desparramado por la muralla, cogiendo por la espalda á los franceses que defendian las brechas: acometiéronlas entonces con brio los ingleses, y desanimados los franceses, se enseñorearon de ellos. Quedó prisionera la guarnicion, que ascendia á 5.000 hombres, de los cuales habian muerto mas de 800. Los ingleses perdieron al pié de 5.000 hombres. Desmandáronse escandalosamente los soldados ingleses

aquella noche y todo el dia siguiente, saqueando, violentando mujeres, y matando á mas de cien personas de uno y otro sexo, sin que los contuviese la voz de sus jefes, ni la autoridad del mismo Wellington: duró el desórden hasta que entraron nuevas tropas á contenerle.

Luego que supo Soult la caida de Badajoz, retrocedió, siguiéndole el alcance la caballería inglesa, que hizo huir á la suya. Villemur se habia aproximado á Sevilla, con cuya guarnicion se batió retirándose despues por órden de Wellington.

Por la parte de Castilla el mariscal Marmont, viendo ocupados á los ingleses en el sitio de Badajoz, quiso apoderarse de Ciudad-Rodrigo; salió de Salamanca con mas de 20.000 hombres, é intimó la rendicion á la plaza inútilmente: pasó á Portugal, hizo o mismo, tambien en balde con Almeida: siguió internándose en aquel reino hasta que la pérdida de Badajoz le hizo volver atrás.

Lord Wellington situó sus tropas entre el Águeda y el Coa, y trató de destruir las fortificaciones que los franceses habian levantado en el puente de Almaraz que habian formado de barcas, volado el de piedra que antes habia. Interesábale á Wellington esta operacion, porque así cortaba á los franceses la comunicacion enrre Castilla y Extremadura; y salió felizmente con su intento, derribando el general Hill el 19 de Mayo los fuertes, destruyendo el puente, y cogiendo 250 prisioneros.

Entre tanto habia llegado Soult á Sevilla, y Ballesteros, que se habia adelantado á Utrera, se retiró

á la Serranía de Ronda; pero cayó repentinamente el 14 de Abril sobre Osuna, peleó dentro del pueblo con los franceses, los escarmentó y encerró en el castillo. Atacó despues en Alora á una columna francesa, y la cogió unos cuantos prisioneros y dos piezas de artillería. Mandaba la vanguardia Mourgeon, que topando el 23 con otra porcion de franceses, los acometió y desbarató. Despues de esto volvió Ballesteros al campo de Gibraltar, pero no estuvo allí mucho tiempo quieto, pues habiendo fortificado los franceses á Bornos para facilitar la comunicacion de la guarnicion de Sevilla con las tropas que estaban delante de Cádiz, los acometió en aquel pueblo el dia 1.º de Junio, vadeando el Guadalete. Peleóse allí reñidamente. Nuestra vanguardia, mandada por Mourgeon, y la division tercera que mandaba el príncipe de Anglona, consiguieron ventajas al principio; pero habiendo flaqueado otras, y desanimadas las demas, cargaron sobre todas con grande ímpetu los enemigos. Sin embargo, pasaron los nuestros el rio, protegiendo el paso con valor nuestra caballería y el príncipe de Anglona con alguna infantería. Perdimos 1.500 hombres en aquella accion, y en ella murió haciendo prodigios de valor D. Rafael Cevallos Escalera, que mandaba el batallon de granaderos del general: era oficial muy valiente: las Córtes honraron su memoria, y señalaron recompensas á su familia. La pérdida de los franceses en este combate tambien fué de consideracion.

No siempre, como acabamos de ver, tenian éxito feliz las empresas de los nuestros; pero entre sucesos

prósperos y adversos, los franceses tenian continuamente ocupadas un gran número de tropas. Bien lo sabia lord Wellington, y con esto contaba para sus planes. Así pues, persuadido de que no le incomodaria mucho Soult, hostigado siempre en Andalucía, y estando suficientemente defendida la Extremadura con las tropas del general Hill, y las del 5º ejército español, determinó abrir nueva campaña por Castilla: seguro por otra parte, de que Napoleon no enviaria refuerzos á España, por constarle que estaba próxima la guerra entre este emperador y el de Rusia.

Armábase en efecto el autócrata, dispuesto con el ejemplo de la tenacidad de los españoles, y de la prudente lentitud de los ingleses, á no omitir sacrificio alguno para sostener y prolongar la guerra hasta privar á Napoleon de la prepotencia con que estaba oprimiendo á todo el continente. Contaba para su empresa con la buena disposicion del emperador de Austria y mas príncipes de Alemania, así como de todos los de Europa, heridos por Napoleon en su honor, intereses é independencia; calculando con fundamento, ó cerciorado por palabras secretas, que á la primera ocasion favorable se declararian contra el comun opresor.

Veia Napoleon los preparativos de la Rusia, y alegándolos por motivo, con otros diferentes, se decidió á declarar la guerra al emperador Alejandro: mas para aparentar, como siempre, que deseaba la paz, propuso al gabinete inglés una especie de acomodamiento, en que se trataba con especialidad de la pe-

nínsula española, debiendo devolverse el Portugal á la casa de Braganza, y declararse independiente *la presente dinastía de España*. Fácil es de adivinar la contestacion del gabinete británico: declaró que si por *dinastía presente* se entendia la de José, y no la de Fernando VII, no podia oir proposicion alguna para la paz. Comenzó pues la guerra saliendo Napoleon de Paris el dia 9 de Mayo hácia el Niemen que en la noche del 23 al 24 de Junio pasó al frente de 480.000 hombres, quedando á retaguardia otros 120.000. Invadido el territorio de Rusia, dejaremos allí á los franceses para volver á las cosas de España.

Convencido José de la imposibilidad de reducir por la fuerza á los españoles á rendirle obediencia, recurrió por segunda vez al medio de establecer negociaciones con la regencia y las córtes, autorizado para ello por su hermano, cuidadoso, con razon, por el aspecto que iba tomando la campaña contra la Rusia. Aseguraban á José sus emisarios que la regencia estaba pronta á entrar en tratos, accediendo á que se nombrasen comisionados de una y otra parte con toda reserva. La regencia, sin embargo, nada sabia de semejantes manejos: tampoco las córtes: todo era obra de los emisarios de José y de algunos tal vez de Cádiz, intrigantes ó desesperanzados del buen éxito de la causa nacional. De todos modos, recibió tantas seguridades el buen José por parte de sus agentes, que llegó á nombrar sugetos que se abocasen con los que debian salir de Cádiz: sueños de que le despertó bien pronto la realidad anunciada con el cañon. Tampoco le duró mucho la ilusion de

atraerse á los españoles, y debilitar al mismo tiempo la fuerza de las córtes, convocando otras en Madrid, segun le aconsejaban sus ministros, para lo cual dió pasos ostensibles y públicos. A tales desvaríos suelen apelar los que se ven totalmente perdidos: los pueblos oian con risa burlona el necio empeño de ser su rey un estranjero, que habia nacido tan distante del solio, hermano de un altivo soldado á quien aborrecian de muerte; intruso en el trono de San Fernando, arrojados de él pérfidamente sus nietos los príncipes naturales, un estranjero por último, que habia derramado á torrentes la sangre de los españoles por sostener su inícua y escandalosa usurpacion. Desvaneciéronse como el humo todos estos proyectos, y la guerra fué tomando un incremento asombroso, en medio de una miseria y hambre cruel, que afligian con especialidad á las provincias del centro y á la capital de la monarquía, en la cual murieron 20.000 personas en diez meses de los años 1811 y 1812. Procedia la penuria, no tanto del mayor consumo de los ejércitos, cuanto del desperdicio y destrozos particularmente por parte de los enemigos; de medidas económicas ruinosísimas que tomaba el gobierno de José, y de la imposicion de exorbitantes contribuciones, aun en medio de la escasez y desolacion general. Mas tanto desastre y desventura se templó en gran manera con los prósperos sucesos militares que referiremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII.

Avanzan los ingleses.—Entran en Salamanca.—Batalla de los Arapiles.—Entran en Valladolid.—Sesto ejército en Tordesillas.—Entran en Madrid las tropas combinadas.—Pérdidas de los franceses en varias partes.—Levanta Soult el sitio de Cádiz.—Evacuan los franceses toda la Andalucía.—Accion de Castalla.—Espedicion siciliana.—Se pierde el castillo de Chinchilla.—Ventajas de los españoles en Valencia, Aragon y Cataluña.—Entran los aliados en Burgos.—Se retiran.—Wellington en Cádiz.—Su nombramiento de general en jefe.—Opónese Ballesteros.—Redúcense los ejércitos españoles á cuatro de operaciones y dos de reserva.—Abolicion de la inquisicion, y otras disposiciones de las córtes.—Nueva regencia.—Tratados de paz.—La infanta Carlota.

Resuelto lord Wellington á trasladar el teatro de la guerra al centro de Castilla la Vieja, abrió de nuevo la campaña, formando un plan de unidad en las operaciones que hasta allí se habian ejecutado separadamente. Salió de Fuenteguinaldo el dia 13 de Junio con direccion á Salamanca, y el dia 16 se situó á dos leguas de aquella ciudad. Evacuáronla aquella noche los franceses dirigiéndose hácia Toro, y dejando 800 hombres escogidos en los fuertes que ha-